

Iluminados y Conversos

Coordina:
Eduardo G. RICO

Estrictamente
personal

**Decidido,
injustamente, el
voto de calidad**

● **Angel González empató con
Juan Rulfo**

CUATRO votos contra cuatro. No importa de parte de qué escritor estaba cada uno de los miembros —Aguirre, Alarcos, Ayala, Benet, Delibes, Torrente, Zamora, Laín—; lo que sí importa es que decidió el llamado voto de calidad del presidente del jurado del premio Príncipe de Asturias de las Letras, concedido en Oviedo a Juan Rulfo en el último fin de semana. El escritor contrincante, poeta y profesor, Angel González, obtuvo sus mismos votos.

La actuación del presidente está en el reglamento del premio y nada hay que decir al respecto. Si hay un empate, él decide. El reglamento está mal concebido, porque un jurado compuesto por un número de miembros par puede encontrarse —y se encontró— con una situación atrozada, que hubo de resolver una sola persona. Pero al margen de cuestiones de gusto o afectos, he de manifestar que el resultado me parece injusto. Esa sola persona que decide, y que en este caso merece por su ejecutoria y por su postura independiente e insobornable los máximos respetos, también puede, y de hecho es lógico que así suceda, tener sus propios gustos, inclinaciones, perspectivas, y no diré afectos porque estoy seguro de que en este orden no estuvo condicionada su decisión, lo que convierte a esta persona, que también goza, dicho sea de paso, de mi admiración, en un privilegiado. El sólo, en un instante, tiene en sus manos el destino de un galardón que no es sólo consagratorio, sino que constituye una ayuda inestimable para un escritor. Los promotores del premio Príncipe de Asturias, a tan prestigioso, deberían revisar sus bases y prever circunstancias como la sucedida.

No hay duda, y así lo sostengo en otro lugar, que Juan Rulfo —que no es precisamente un escritor de derechas como alguna Prensa ha sugerido alborozada, sino que apoya todos los movimientos de liberación de América Latina, así como a los regímenes de Cuba y Nicaragua, y que aparta, por esta razón, de sus preferencias a novelistas que, como Vargas Llosa, se han marginado abiertamente de estas posiciones—, que Juan Rulfo, digo, a pesar de la brevedad de su obra, ha ejercido una influencia considerable en la nueva literatura latinoamericana —ahí está el testimonio expreso de García Márquez— y también sobre la española de los años sesenta, el realismo crítico, social o como se le quiera llamar, que aquí se practicó en la égida de Carlos Barral, y que tanto «Pedro Páramo» como «El llano en llamas» fueron libros de cabecera de muchos de nuestros novelistas de entonces. También es cierto que ha elegido una vida apartada de la literatura durante años y que ha mostrado su preferencia por la antropología. De cualquier forma, por su calidad, crédito y prestigio, puede y debe ser recompensado.

Pero vuelvo a lo injusto de que hablaba más arriba. ¿Para que sirve o para qué puede servir un premio como éste? ¿No sería más lógico, conveniente y eficaz, convertirlo en respaldo del que, apenas entrado en la madurez, con una larga obra construida, considerado como poeta representativo de una generación y uno de los más influyentes en las que le sucedieron, con ensayos de reconocida originalidad y penetración sobre la problemática poética, y con una enseñanza constante de la literatura, impartida forzosamente en centros de otros países, cada día más reclamado por las universidades más alerta, y, además, con un pasado nada dudoso en cuanto a su actuación ética y cívica se refiere, obtuviera esta ayuda, este impulso moral, este reconocimiento? Por otro lado, cabría una solución diferente, ya aplicada en otras ocasiones. ¿Por qué no se ha resuelto dividir el premio o doblarlo?

El empate, es decir, el planteamiento en términos de rigurosa igualdad, existía. ¿Por qué no se encontró una fórmula más equitativa?

Insisto en lo que escribo en la cabeza de esta nota. Se trata de una opinión estrictamente personal, y lamento profundamente que nadie, que yo sepa, se haya hecho esta reflexión. Desconozco los argumentos de que se valió Juan Benet para presentar al candidato perdedor por el voto de calidad. Pero siento que la opinión pública permanezca al margen y no esté debidamente informada sobre lo que dirimió en Oviedo, salvadas unas palabras explicativas del duque de Alba, muy eclécticas, por cierto, para que todos quedaran bien.

Por otra parte, estoy seguro de que Angel González continuará en silencio su labor de enseñante de la literatura castellana y no descenderá su inspiración poética.

Pretendo, sencillamente, pero con toda energía, manifestar mi propia opinión.

Eduardo G. RICO

El "boom" latinoamericano y la revolución cubana

NO es una nueva, ni solamente una opinión suya. Sin la presencia de Fidel frente al Gobierno cubano y el consiguiente proceso revolucionario nunca hubiera podido darse la explosión en los años sesenta de la nueva novela latinoamericana. Para Rulfo, el fenómeno fue determinado por dos factores: el ya citado, y la promoción realizada en Barcelona, que extendió los nuevos nombres por el mundo. Una tesis análoga, la mantuvimos nosotros hace más de diez años, en una conferencia pronunciada en Santa Cruz de Tenerife.

Para Juan Rulfo, el llamado «realismo-mágico» no nace con García Márquez sino con la obra «Macunaíma», cuya versión teatral tuvimos aquí ocasión de ver y elogiar hace más de un año.

El desencadenante, para Juan Rulfo, al que acaba de otorgarse el premio Príncipe de Asturias, fue, en efecto, la revolución cubana, tesis que muchos pondrán en tela de juicio y con la que nosotros nos identificamos.

Los razones fundamentales este supuesto. Por una parte, la revolución fidelista puso a Cuba, y a la guerrilla latinoamericana, «de moda» en Europa, y la literatura era, y sigue siendo, eurocéntrica, y es lógico que la mirada europea hacia la problemática social y política latinoamericana se volviera hacia aquel continente. No otra cosa puede explicar el hecho de que escritores anteriores, tan relevantes como Miguel Ángel Asturias, Rómulo Gallegos, Ciro Alegría, el propio Juan Rulfo, Onetti, no recibieran de la crítica europea más que una mínima atención y sus obras no llegaran a alcanzar nunca una gran difusión. Basta recordar lo que la revolución cubana representó en los años sesenta —pienso que para interpretar correctamente la revolución de mayo de 1968 no se podría prescindir de ella— para percatarse de las resonancias y repercusiones en otros campos, el literario por ejemplo, registradas en torno al cambio revolucionario. Justamente a principios de 1968 —con exactitud en el mes de enero— se celebró en La Habana un congreso cultural, en el que participaron los más prestigiosos intelectuales de entonces, españoles, franceses, ingleses, alemanes e incluso norteamericanos, tanto los más jóvenes como los de la antigua generación del surrealismo: allí estaban Michel Leiris y Mandiargues, y Sartre y Fischer, que no pudieron asistir, enviaron comunicaciones. La tónica de la conferencia fue de revolución y de cambio pero al margen de los esquemas tradicionales. Todos los escritores latinoamericanos de mayor prestigio también participaron. Fidel Castro cerró el congreso con un discurso abiertamente antisoviético que constituyó un auténtico llamamiento a todos los intelectuales del mundo en favor de los movimientos guerrilleros latinoamericanos.

Pero no fue exclusivamente ésta la razón del «boom». La revolución cubana había captado la simpatía, desde su comienzo, de los que podíamos llamar nuevos escritores latinoamericanos, aunque no se ajustaran a la misma clasificación generacional.

En enero de 1966, cuando el «boom» conoció el punto más elevado, tuvo lugar, también en La Habana, la Conferencia Tricontinental, presidida, por cierto, por un escritor egipcio ya desaparecido. En esta conferencia participó directamente Mario Vargas Llosa, quien se manifestó entonces muy próximo a los guerrilleros brasileños. Por lo demás, tanto Gabriel García Márquez como Julio Cortázar venían frecuentando La Habana e identificándose con los principios allí defendidos. Esto contribuyó, sin duda, a una aproximación, seguramente no premeditada, de sus nombres y sus obras, por muy distantes que fueran sus respectivos estilos.

La revolución cubana supuso, pues, un nexo entre los hombres del «boom», y con ella se popularizaron. Este acercamiento justificó la aparición en Europa de una misma imagen que los englobaba. Hablar de uno de los tres citados conducía invariablemente a referirse a los demás. La apreciación de Rulfo, manifestada durante su estancia en España el pasado año como jurado del premio que este fin de semana ha recibido él mismo, nos parece plenamente acertada. Enfocando el tema desde otro ángulo: ¿Qué analogías pueden encontrarse entre el realismo mágico de un García Márquez, el estilo, tan próximo al surrealismo de bastantes de los cuentos y las narraciones de Cortázar, y el realismo naturalista, a secas, de Mario Vargas Llosa?

No hay precedentes entre las propuestas de unos y otros, no hay una sola nota que los identifique; no hay una intención política expresa en su obra que pueda constituir un denominado común. Sólo el hecho revolucionario, aceptado y asumido por los tres en aquellos años —hoy Vargas Llosa se ha alejado mucho de aquellas posiciones— los configura como grupo; por un lado, la revolución misma, propiamente dicha, con su irradiación cultural; por otro, su participación en las diversas dimensiones de la empresa política cubana.

Naturalmente que hubo algo más, y Juan Rulfo así lo reconocía. En declaraciones a Daniel Sueiro, el 4 de diciembre de 1980 —publicadas en las páginas literarias de «Diario 16»— manifestaba el mejicano recientemente galardonado: «El boom ya sabemos que fue una cosa creada por la publicidad. Un poco también a causa de que Europa miraba poco hacia América Latina. De pronto, la revolución cubana les hizo notar que existía América Latina, y eso les hizo saber que había escritores latinoamericanos. Pero fue Barcelona la que creó el "boom", no fueron los escritores latinoamericanos. Antes del boom ya había muy buenos escritores...»

Rulfo ponía agudamente el dedo en la llaga. Barcelona representó para este «estallido», como traduce con acierto Daniel Sueiro, una valiosísima plataforma de lanzamiento. Fueron las novelas de Vargas Llosa, «La ciudad y los perros», muy especialmente, la vanguardia del fenómeno. El hecho atribuido a Barral, de haberse negado a publicar «Cien años de soledad», hoy totalmente desmentido, no se opone a esta argumentación. En aquellos años, Carlos Barral se había constituido en un embajador editorial español en el mundo, y del mismo modo que «universalizó», en alguna medida, el hecho español de la llamada «novela social» y creó el premio Formentor, que suponía la traducción inmediata a catorce lenguas de la obra pre-

miada, contribuyó también a fortalecer la entidad del nuevo grupo. Y no sólo él. Otras editoriales catalanas también prestaron una importante aportación a la consolidación del fenómeno.

El mismo Juan Rulfo empezó, por entonces, a ser conocido. Tanto «Pedro Páramo» como «El llano en llamas» se difundieron en nuestro país a través de la edición del Fondo de la Cultura Económica, y fueron muchos los escritores de la generación de los cincuenta-sesenta, los que aprendieron el oficio en sus páginas, aunque no lograron igualar su talento. La breve obra de Rulfo, de tan elevada calidad, también se benefició de la extensión lograda por el «estallido».

No fue sólo Daniel Sueiro el que escuchó la explicación de Rulfo acerca del «boom». El año pasado, en Oviedo, el novelista mejicano reiteraba a Pedro Palacios («ABC», 22 de abril de 1982), las mismas opiniones: «Para mí hubo un desencadenante (del «boom») clarísimo, que fue la revolución cubana. Para Europa, Sudamérica fue siempre una gran desconocida y sólo con la revolución comenzó a conocerse una literatura que existía hace muchos años y a la que, sin embargo, no se había prestado interés. A pesar de esto no podemos olvidar que este «boom» se basó en una gran publicidad editorial, apoyada en la coyuntura de la revolución cubana, que fue, al fin y al cabo, la que dio a conocer a Sudamérica y la que enseñó la literatura de esta parte del mundo.

Para nosotros no cabe, pues, la menor duda acerca de este origen. Por otra parte, a la que Rulfo llama «gran publicidad editorial» se sumaron los viajes frecuentes a Cuba de los escritores españoles de más auge en aquel entonces, que de algún modo contribuyeron también a potenciar el «estallido». Uno de los primeros en visitar La Habana fue precisamente Carlos Barral, y en los distintos jurados de los premios Casa de las Américas siempre participó un español: En Cuba estuvieron, en los años sesenta, desde el inolvidable Moreno Galván, hasta Gabriel Celaya, pasando por Marsé, José Agustín Goytisolo, José Manuel Caballero Bonald, Alfonso Grosso, Antonio Ferrer, Armando López Salinas y otros muchos.

Ciertamente, la presencia de Jean Paul Sartre, François Sagan y otros escritores franceses de prestigio, también supuso un espaldarazo a las nuevas ideas, y como consecuencia, a los escritores que las sostenían y defendían al otro lado del Atlántico. Pero Juan Rulfo ha dejado, a nuestro entender, señalado muy certeramente el fundamento esencial del «boom».



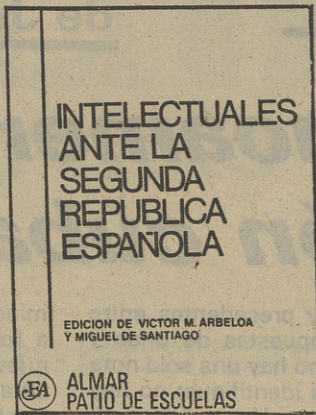
● **No podría explicarse el fenómeno
sin la presencia del fidelismo**

Illuminados y ConVersos

DIEZ MANDAMIENTOS

Política e intelectuales

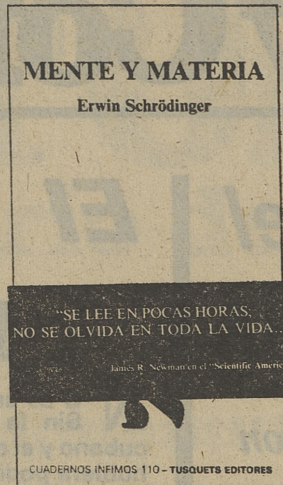
«Intelectuales ante la segunda República Española», Víctor M. Arbeloa y Miguel de Santiago, Almar.



CUAL fue la posición que adoptaron los escritores, o el papel que desempeñaron cuando arribó la II República Española? Esta recopilación de entrevistas y escritos publicados en los periódicos más notorios de entonces, realizada por Arbeloa y de Santiago, es, a veces, desconcertante, a veces sorprendente. Muchas de estas entrevistas están firmadas por Francisco Lucientes, y algunas por Víctor de la Serna y otros. Hablan directamente de lo que piensan de la República y su futuro, y también del socialismo, Benavente, Besteiro, Concha Espina, Blas Infante, Jiménez de Asúa, Madariaga, Marañón, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Sender, Unamuno y Valle Inclán. Un libro con muchas sorpresas, algunas anticipaciones falsas o apasionadas, y otras racionales y rotundas. Una aportación del mayor interés sobre las relaciones entre los intelectuales con la política.

No se olvida

«Mente y materia», de Erwin Schrödinger. Cuadernos Intimos. Tusquets Editores.



ESTE es un libro ya clásico, el segundo que comentamos del célebre autor. Ya en nuestro último número y en otra sección comentábamos lo que había escrito sobre el trabajo de Schrödinger la revista «Scientific American»: «Se lee en pocas horas y no se olvida en toda la vida». El doctor vienés, premio Nobel de 1933, perseguido por el nazismo, hubo de abandonar Alemania, donde investigaba. Más tarde se consagró especialmente a la física atómica. Este es un libro «imperialista», en el mejor sentido de la palabra: es decir, el autor invade temas ajenos a la física, como pueden ser el psicoanálisis, la religión, la filosofía. Se trata de una serie de conferencias que pronunció en el Trinity College, de Cambridge, y que se refieren a las bases físicas de la conciencia, las relaciones entre la ciencia y la religión, el misterio de las cualidades sensoriales, etc. Está incluido en la colección «Metatemas». Recomendable para el que tenga esta clase de inquietudes y preocupaciones.

Un curioso «disidente»

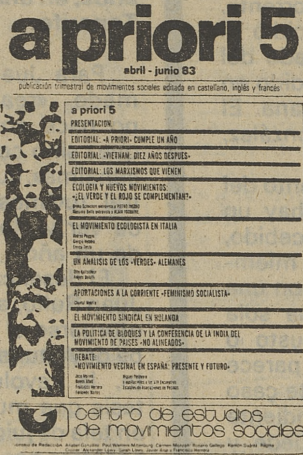
«Los niños modelo», Ibérico-Europea de Ediciones. Autor: Paul Thorez



EL autor de «Los niños modelo», es, ni más ni menos, el hijo del que fuera secretario general del Partido Comunista Francés durante muchos años: Maurice Thorez. Nació en Moscú, donde su familia se había refugiado durante la guerra y fue educado en los centros de la juventud comunista de la URSS. ¿Un decepcionado? Mas bien un «disidente» que cambió de posición cuando los tanques soviéticos entraron en Checoslovaquia. Ahora, ha evocado su infancia, de la que nos ofrece testimonio, un tanto amargo, en este libro que, además, descansa sobre un fondo de ironía y humor que suaviza sus trazos. Se trata de un libro polémico, en el que aparecen sus profundas diferencias con la actual dirección del PCF. Hay en la obra desde recuerdos de diálogos con Stalin y otros jefes de la nomenclatura de entonces, hasta el relato de su actividad como comunista en París.

Los movimientos sociales

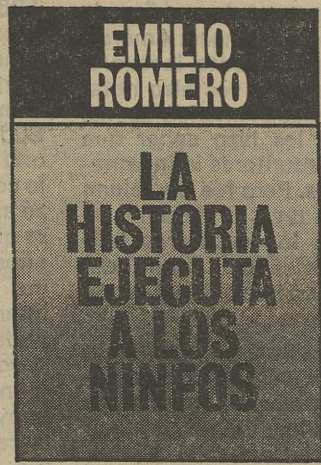
«A Priori 5», número de abril-junio, publicada por el Centro de Estudios de Movimientos Sociales.



EL Centro de Estudios de Movimientos Sociales edita una publicación que llama la atención, tanto por la calidad de su contenido como por su especial presentación editorial. Se titula «A Priori» y entra en su segundo año de edad. Aparece en castellano, inglés y francés y cuenta con colaboradores de distintos países europeos y con un consejo de redacción en el que figuran varios españoles: Anabel González, Carmen Monzón, Rosario Gallego, Ramón Suárez, Javier Aisa y Francisco Herrera, todos de pensamiento conocido y variada militancia. En el número que comentamos —el más reciente— se inserta una evocación de la guerra del Vietnam a los diez años, un análisis de los «verdes» alemanes, una serie de aportaciones al «feminismo socialista», una información sobre el movimiento sindical en Holanda, una entrevista con Pietro Ingrao, «¿El verde y el rojo se complementan?» y un interesante debate sobre «El movimiento vecinal en España, presente y futuro».

El Emilio Romero último

«La historia ejecuta a los niños», de Emilio Romero, Editorial Mas Ivares.



PRESENTAR a Emilio Romero en este periódico sería ingenuo: fue su director durante muchos años y el que fundó el equipo que lo hizo popular, alzándolo desde sus horas más bajas. Este es su último libro, con un nombre desconcertante: «La historia ejecuta a los niños». El propio autor lo explica en la primera página: «El año 1982 ha sido históricamente muy digno de la narración política. Quienes fundaron la democracia en 1977 han sido implacablemente barridos por la soberanía nacional... Los niños fueron aquellos personajes que perteneciendo a la burguesía española y procedentes del régimen fundado por el general Franco, a título de políticos, o de bien instalados en aquella situación, asumieron el centrismo como una manera de estar frente a la izquierda que regresaba de su destierro, y a la derecha que no se resignaba a perecer.» Recopila Romero en este libro artículos aparecidos en distintos periódicos y, especialmente, en la sección diaria que firma en «Ya».

La revista de Araquistain

«Leviatán», revista de hechos e ideas, nº 11, segunda época.



LA revista que había fundado Araquistain en los tiempos de la II República, y que fue, sin duda, la publicación más importante hasta la fecha editada por el socialismo español, conoce ahora su segunda época, bajo la dirección de Salvador Clotas. Acaba de publicarse su número 11 dentro del nuevo ciclo con trabajos de gran interés, entre los que destacamos «La crisis del marxismo y América Latina», un debate en el que participan Enrique Gomáriz, Franco, Aricó y Gunder Frank, unos, socialdemócratas; otros, de la izquierda marxista y todos especialistas en el tema que discuten. También sobresalen en este número un trabajo de Juan Rulfo sobre «Conflictos culturales iberoamericanos», una entrevista con el escritor alemán Gunter Grass, y una colaboración de Elias Díaz en torno a «Política y cultura en el final del franquismo». Igualmente, un trabajo de Castellet sobre las relaciones entre las culturas y otro sobre enseñanza de Fernández de Castro.

Un pintor

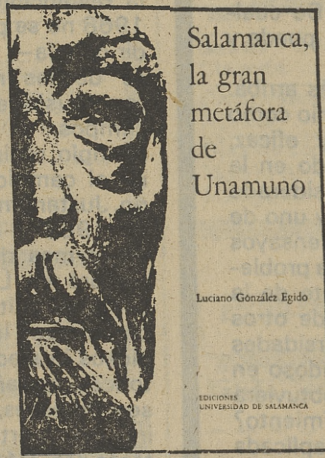
«Jesús G. de la Torre», por Antonio Madrigal. Publicaciones Caja de Ahorros.



TORERO místico y pintor rondeño, llamó don José Bergamín a Jesús G. de la Torre. Ahora, con ocasión de un antológica, Antonio Madrigal traza en un catálogo-libro, la semblanza de este artista. Siguiendo una corriente que habría que mantener y potenciar, algunas instituciones preocupadas por toda clase de manifestaciones culturales, han publicado libros de esta o mayor envergadura — recordemos el dedicado a Salvador Dalí y el referente a los expresionistas alemanes, ambos auténticos modelos del género — con estudios y amplia información biográfica. Tal es el planteamiento de Antonio Madrigal, que nos da una larga y matizada noticia de la trayectoria de Jesús G. de la Torre, seguida de una serie de reproducciones de sus mejores cuadros. El libro aparece avalado con autógrafos de Alberti, de Jorge Guillén, de Azorín, de Vivaldo, de Oroza, y en él se recoge un poema de Claudio Rodríguez dedicado al pintor.

Erudito y apasionado

«Salamanca, la gran metáfora de Unamuno», de Luciano G. Egidio. Ed. Universidad de Salamanca.



DUBLIN era Joyce, y Manhattan es Woody Allen, lo mismo que Salamanca fue Unamuno. A explicar esta última identificación está dedicado este libro, erudito y laborioso, literario y apasionado, de Luciano G. Egidio, «Copérnico», que ha rastreado con tenacidad benedictina las huellas salmantinas en la obra unamuniana. Esta identificación, entre Unamuno y Salamanca, le sirve al autor para interpretar, desde una sugestiva hipótesis psicoanalítica, las ideas fundamentales del sistema de signos unamunianos, tan de carne y hueso, como tantas veces repitiera el hombre que los creó. Si todo ser humano, recuerda Egidio, es un ángel caído y unos pocos conservan la memoria del paraíso, algunos de ellos viven toda su vida con la huella del primer dolor de la expulsión: uno de estos es Unamuno.

Popularidad para un premio

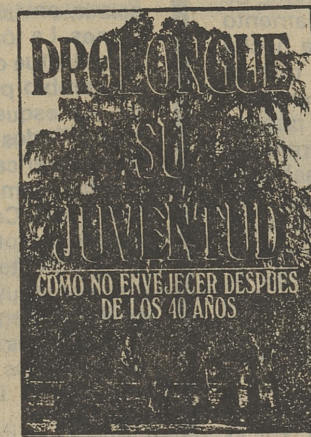
«La agonía florida de Carlos Brito», de S. Araúz de Robles, Argos Vergara.



HE aquí la primera novela —no sólo «novela corta» como se presenta— de Santiago Araúz de Robles, colaborador de este periódico y autor de varios libros de relatos y ganador de premios (recordemos la «carta de oro», cuyo trabajo aquí reproducimos). Araúz de Robles ha obtenido por «La agonía florida de Carlos Brito» el Tigre Juan, un premio que se concede en Oviedo, en memoria de Pérez de Ayala, y que lamentablemente no ha conseguido todavía la popularidad que merece. La novela premiada en su quinta edición, ésta de Araúz, enlaza, de algún modo, con la novela social que aquí se hizo y se sigue haciendo, aunque muchos de sus antiguos cultivadores hayan elegido ya caminos distintos. Se trata de un relato bien escrito y que incide en una problemática viva, honda y humana.

La vejez no existe

«Prolongue su juventud», por el doctor André Rouveix, Editorial Edfaf.



LA tercera edad y sus problemas; el tiempo que viene; cómo permanecer siempre joven... Todas estas son cuestiones del máximo interés. La del doctor Rouveix, francés, es una investigación científica, profunda y amablemente expuesta en torno a las causas del envejecimiento y las formas de evitarlo sin drogas milagrosas ni otros procedimientos de arribistas. Parece ser que en los Estados Unidos y en la Unión Soviética se está avanzando aceleradamente por un camino científico. Fue precisamente en el Instituto Gerontológico de Kiev donde el autor realizó sus estudios en la materia. El doctor analiza el envejecimiento natural y el prematuro, la verdadera edad que se tiene, el tratamiento preventivo, una buena higiene de vida, cómo seguir siendo joven después de los cincuenta años, el tratamiento de la piel y hasta el ejercicio del amor. Me imagino que interesará a muchos lectores.



PLAGIO EN LA OBRA DE ARRABAL

Urculo irá a los tribunales

● Asturianos "antibablistas" en Madrid ● Un jesuita, contra Andrés Amorós ● "La historia ejecuta a los ninfos" ● "En el mundo sólo hay chinos y gallegos"

EL «discreto» sabe que el pintor Eduardo Urculo está indignado. Más que indignado, furioso. La crítica ha puesto la obra de Fernando Arrabal, «El rey de Sodoma», como diría el pueblo sabio, «a caer de un burro», y Urculo, sin comerlo ni beberlo, se ha llevado encima unos cuantos palos. El pintor no quiere quedarse con ellos, puesto que no le pertenecen, y en consecuencia irá a los tribunales.

Contaremos qué pasa. El escenógrafo de «El rey de Sodoma», Andrea D'Odorico, sin pensarlo dos veces, tomó un catálogo de una famosa exposición de Urculo de hace varios años e hizo al realizador reproducirlos —justamente por orden de catálogo para que no hubiera duda del plagio— en los decorados de Arrabal. Todos nos quedamos asombrados el día del estreno al no encontrar en los programas de mano el nombre del pintor, puesto que era evidente su paternidad. Las razones eran éstas. ¿Darán explicaciones Arrabal, D'Odorico y los que perpetraron la copia? No las darán, porque el escándalo beneficia a Arrabal, ya desaparecido de la voz pública.

Un grupo de ovetenses vino a Madrid esta semana para presentar el último premio «Tigre Juan», publicado por Argos Vergara, es decir, la novela de Santiago Arauz de Robles, «La agonía florida de Carlos Brito». Estuvieron aquí Juan Benito Argüelles, creador y animador del premio —y animador de la presentación, junto con un J.J. Armas, que organizó una comida modelo— Maíllo, Cosme Sordo, presiden-

te del Centro Asturiano de Madrid, y Villanueva, del de Oviedo, patrocinador del premio. También, claro, el autor, al que votaron todos los miembros del jurado menos Montserrat Roig. El jurado no ofrece duda: están también de jueces Cueto, Alarcos, Cachero, Cela Trullock... El alma y el cuerpo del galardón asturiano es Juan Benito Argüelles, que dirige «Tribuna Ciudadana», una plataforma para todas las ideas y todas las opiniones. Juan Benito nos dio en Madrid una conferencia «antibablista», con tesis radicales que todos compartimos y anécdotas llenas de ingenio.

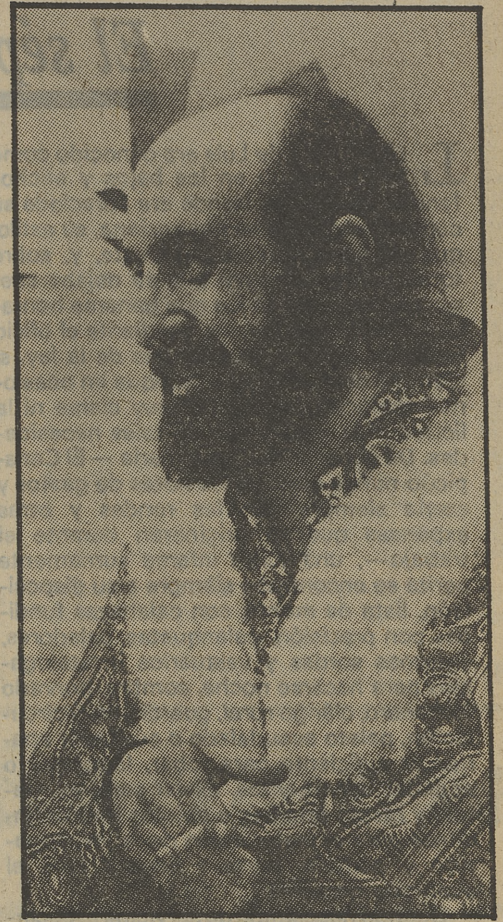
Puesto que hablamos de Oviedo, diremos que allí estuvo Andrés Amorós, presentando el libro «A. M. D. G.», de Pérez de Ayala, prologado por él. Lo presentó con Manuel F. Avello, otro especialista en Ayala y, no faltaba más, se encontró a un jesuita, el padre Rosas Andrés, raro superviviente de los anti-ayalistas e intelectual antediluviano que protestó por «la visión unilateral de la Orden». Qué bien.

En un restaurante de Madrid, Emilio Romero lanzó su último libro, «La historia ejecuta a los ninfos». Fraga hizo la presentación. Gente de los partidos, particularmente de Alianza, entre los numerosos reunidos. La historia ejecutó, diría yo, a los

ninfos y a las ninfas, muchos de ellos muertos y bien muertos, y los que no, agonizantes. Escuchaban los discursos, muy breves, como debe ser, gentes como Antonio Jiménez Blanco, Schwartz, Fontana, Licinio, López de Letona..., nombres conocidos, como bien se ve. También había demócratas fetén. Una larga lista, encabezada por Javier Figuero, Fierro, Raúl del Pozo..., del «cambio» y de más allá del «cambio».

Augusto Assía, a instancias de Planeta, presentó el libro «China desde dentro», de Erwin Wickert, un best-seller en Europa, que, por lo que dicen los expertos, pronto lo será también en España. Según Assía, en el mundo «sólo hay chinos y gallegos». Los invitados eran de rango: pero no así la comida. Las bellísimas chicas de Planeta tendrán que elegir mejor la próxima vez.

Urculo ha sido plagiado en la representación de «El rey de Sodoma». ¿Un plagio inocente? Puede ser. Pero al autor de la pintura que figura en el decorado nadie le pidió permiso, nadie le avisó. ¿Quisieron organizar un escándalo, muy propio del denostado Arrabal?



El Discreto Impertinente

La atonía de los discorformes con el sistema nunca ha sido tan grande como en estos tiempos. Han desaparecido revistas: «El Viejo Topo», «Transición», «Cuadernos de Ruedo Ibérico», «Bicicleta», «El Ecologista»; han desaparecido ilusiones y proyectos de futuro. No logramos enlazar con el movimiento que pervive e incluso aumenta en Europa: el pacifismo de las mujeres de Greenham Common, el ecologismo radical de los verdes y alternativos alemanes, los restos aún vivos y resucitables de la autonomía italiana...

Tampoco logramos conectar y ayudar a las luchas de los más pobres del mundo. Vemos impotentes y sin influir en lo más mínimo cómo en Argentina se prepara otra transición que lave la cara a los militares más sangrientos del continente, con una especie de pacto de la Moncloa incluido; y ni ganamos ánimos ni contribuimos con nuestras críticas a la marcha de la revolución en Nicaragua, El Salvador, Cuba... los problemas básicos de la humanidad —la amenaza nuclear, el hambre— no son apenas discutidos en esta lejana y soleada provincia del imperio.

El ecologismo y el feminismo han bajado su empuje, la oposición a la entrada en la OTAN tiene poca vida, la lucha obrera que algún día renacerá, está atrapada en las redes del neocorporativismo social-demócrata.

Persiste alguna revista teórica de oposición radical (como «Mientras Tanto»). Hay también algunas otras iniciativas locales: feministas («Dones en lluita»), antimilitaristas («La puça i el general»)... y todavía somos muchos los que no hemos querido participar en la consolidación del capitalismo a la salida del franquismo, y la desilusión con la socialdemocracia se va a extender.

¿Hay que esperar un movimiento para hacer un diario, o podría un diario ayudar a levantar un movimiento en el que confluyan muchos distintos componentes? La experiencia del «Die Tageszeitung» alemán demuestra que un diario puede dar fuerza a un movimiento igualitarista, antimilitarista, internacionalista, feminista, ecologista..., aunque, desde luego, no puede crearlo.

Pero potencialmente ya hay aquí ese movimiento y lo que hace falta es proporcionarle medios de expresión pa-

EN la primera página de nuestro «complemento» recogimos los primeros datos que habían llegado hasta nosotros, desde distintas fuentes, acerca de la salida en el próximo octubre del diario «Liberación». Tras publicarla, recibimos un comunicado, con las firmas de los promotores, que aquí reproducimos como confirmación de la información facilitada y su mayor precisión. Los firmantes forman, como puede advertirse, un grupo heterogéneo, que se extiende desde Savater a Naredo, desde Andrés Sorel a Manolo Revuelta, desde Mario Gaviria a Lourdes Ortiz, por ofrecer ejemplos de las distancias mayores. No obstante, por el texto puede observarse que el carácter de la publicación coincide con el que nosotros le atribuimos.

PARA FORMAR PARTE DE LA ASAMBLEA DE FUNDADORES

PRIMER APELLIDO: SEGUNDO APELLIDO:

NOMBRE: DE: AÑOS: PROFESIÓN:

CALLE/AVENIDA: N.º: TELÉFONO:

CUIDAD/PAÍS:

Hago efectiva mi aportación de 5.000 pesetas por:

Giro postal Dato nominativo

Entrega directa Transferencia a la c/c n.º 30-224 C del Banco Exterior, surs. 39, Madrid.

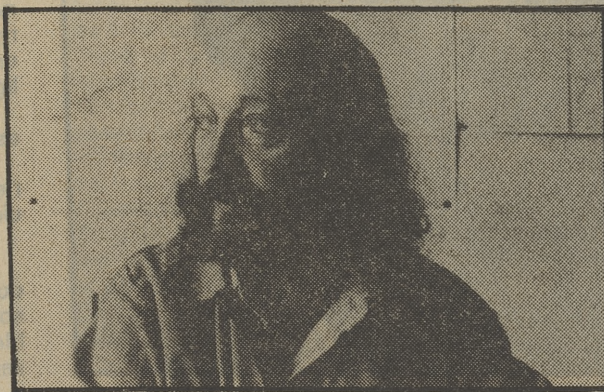
Dirección Postal: C. I. E. H. S. (para «Liberación») C/ Silva, 20, 3.º Madrid-13

A VUELTA DE CORREO RECIBIRÁS TU CERTIFICACION COMO FUNDADOR.



Liberación

La noticia de la pasada semana



ra que se reconozca a sí mismo. Un diario podría ser un medio de expresión que sirva para romper la soledad, la desesperanza de tantas iniciativas aisladas que no son recogidas por los portavoces del sistema de los partidos. Ha de ser un diario para todos cuantos disintamos con la progresiva socialdemocratización, uniformizadora y represiva, donde se discutan los problemas reales y las alternativas al sistema que está en crisis.

Pero al mismo tiempo el medio de comunicación que proponemos debería contar con una calidad periodística y

una solvencia informativa que permitan prescindir de otros medios establecidos que seguimos nutriendo día a día para poder estar informados y que, adornándose de vez en cuando con alguna guinda contracultural o radical, ocultan todo cuanto cuestiona a determinadas instituciones o poderes, silencian aquello que puede hacer peligrar cuantiosos ingresos por publicidad y exaltan a cada momento valores como el mercado, la inversión multinacional, la nuclearización, el pacto social o la compra-venta de armamentos.

La alternativa que proponemos no será, sin embargo, una realidad si no se comprueba interés por ella entre un sector importante de movimientos sociales o individuos que, al margen de cualquier sectarismo, decidan apoyar activamente la idea de hacer un periódico.

«Liberación» debe surgir como una necesidad sentida, como algo participativo y autogestionario desde el principio. En esta línea se ha hecho el diseño inicial del proyecto, que deberá tener su base en un núcleo amplio de fundadores (al menos cinco mil) y en el que, al margen de problemas específicos de financiación, tenemos decidido no seguir adelante si en esta fase previa no se produce una muestra significativa de calor y participación.

La adscripción al diario como fundador puede formalizarse rellenando el boletín que adjuntamos a esta carta. Sería deseable que la participación no se limitase al envío del boletín y la cantidad que se pide, sino que se prolongara, ahora y en el futuro, con la aportación de sugerencias, informaciones y críticas para hacer del proyecto algo vivo y abierto.

Mario Gaviria / Juan Martínez Alier / José Manuel Naredo / Andrés Sorel / Manolo Revuelta / Fernando Savater / Luis Alttable / Bolinaga / Jaume Murrón / Juana Gallego / Mario Vila / Pep Subirós / Lourdes Ortiz / «Colectivo Bicicleta Valencia» / Juan Muñoz Domínguez / Jordi Bigas / Ramón Garrabou / Artemio Baigorri / Jordi García i Jané / Carlos Ramos
Dirección provisional: C. I. E. H. S. Calle Silva, 20, 3.º Madrid-13.

Iluminados y ConVersos

ESCRITOR y periodista, y por tanto uno de esos nuevos ejemplos que algunos pretenciosos críticos relegan a un infierno literariamente desvalorizador, Ignacio Fontes publicará próximamente una novela, «Rojo, rosa, negro» (Editorial Akal), que constituye una excelente muestra de hermosa y cuidada escritura. El autor nos ha facilitado el texto de uno de sus capítulos. Aquí lo reproducimos.

IGNACIO FONTES

El séptimo capítulo de su novela "Rojo, rosa, negro"

LUIS García de Luis era conocido como El Conspicúo en los bajos y anchos fondos de Madrid, donde era apreciada su capacidad deductiva holmesiana, su estilo, que de lejos parecía del Oeste, y, sobre todo, porque siempre que se dejaba caer era con asuntos en los que ganarse honradamente los garbanos, mediante el oficio delictivo, si no al exacto lado de la ley, si siempre del necesitado, aunque en ocasiones tampoco estuvieran muy claras ni la licitud ni la legitimidad de tales necesidades. De generosidad legendaria —El Conspicúo nunca discutía las notas de gastos y corría siempre con las rondas y otras expensas que se originaran durante el trabajo—, una turba infame sumamente perita se encontraba siempre a su disposición, lista de manos con calabazas fundidas con precisión, palanquetas, caladores, linternas sordas y vestuarios incatalogables para hacerse noche, sombra, honrado fontanero, clérigo rural, guardia de la circulación, paleta acaudalado o cualquier apariencia suficiente para robar, latrocinar o apandar documentos, aliviar carteras, gastear y raspar pruebas u objetos imprescindibles para el mejor curso de la investigación y platería, joyas y lienzos para el acomodo personal.

Cuando necesitaba de servicios especializados, Luis dejaba el recado en el bar Mar-y-Sol, copropiedad de Marina Maduro, ex puta comida de viruelas en cuya decadencia profesional también había intervenido la sífilis, tal como se lo había profetizado el cura Sansón Bendito, titular de la parroquia del Santo Sarcófago del barrio de chabolas Unidad Vecinal de Absorción (UVA), número 33, donde primeramente por vicio, y casi al mismo tiempo por gusto y necesidad, Marina comenzó a ejercer la prostitución. La sífilis había aprovechado el escaso atractivo que respetaron las viruelas: se había zampado dientes; dejó algunos de muestra amarillenta en los que picaba la caries; ralos cabellos cuyo resto era maltratado por tintes de color rojizo fluorescente —«Echame algo alegre», pedía Marina a la peluquera Leonor—, y casi dos docenas de dioptrías entrambos ojos que la obligaban a llevar unas gafas de cristales de incontables círculos concéntricos con un agujero practicado en el centro. Al llegar a los cincuenta y cinco años, Marina perdió, paralelamente a las pérdidas de sangre, afición a los interlocutores sexuales pasajeros y, en general, la perspectiva por la que había transcurrido su vida desde los trece años y medio, cuando después de una encendida confesión de sus calenturas al padre Sansón éste la llevó a la sacristía, por respeto a los lugares supersagrados, y, mediante el engaño de una penitencia que a la vez sería bálsamo para sus urgencias, conoció sexo de barón —el Bendito se rodeaba de una aureola de nobleza—, primero desbordándose en la boca y a la semana justa, tras una pícaro confesión de la pérdida de su virginidad oral, en la entrepiera a miembro del mismo cofrade, cuya feliz infancia leonesa debía gustar de recordar en brazos de la niña Marina, porque, cuando sentía acercarse el corrimiento, rogaba roncamente que balase, por favor.

A los cincuenta y cinco años, con poco en qué confiar, con una menopausia retrasada por las exigencias de su naturaleza, interpretó la retirada de la regla como una señal del Señor —en cuya adoración no había desfallecido a pesar de los olores agrios del tonsurado y la naftalina de los cajones de la sacristía, el sidol de los muebles, los restos avinagrados del vino de consagrar o rancios de las obleas envejecidas y la humedad de los hábitos—, y con los ahorros de su larga carrera estableció un garito en la calle de la Povedilla, que se convirtió en café de delincuentes, atalaya de putas en ejercicio, posada de retiradas

y también, desde que construyeron enfrente el Palacio de los Deportes, en lugar de reunión de boxeadores, apoderados y entrenadores que, tras la peleas del pupilo con el saco y la comba, se acercaban a ver qué caía por el Mar-y-Sol.

Sol, por el socio Solimán, porque, a pesar del extenso ejercicio profesional de Marina, la calle no había dado tanto de sí, habida cuenta, encima de la inflación, de que el paso de las viruelas y los años la habían obligado a un incremento constante de los descuentos con la mayor parte de los clientes. Sol, por Solimán Benisadrín, un moro pederasta que había emigrado veinte años atrás, a los cuarenta, de Ceuta a la Península, y a quien las hernias, la vejez y un profundizado desencanto por la vida le habían desengañado de las posibilidades eróticas de los cuerpos a medio cocer y buscar en Marina no sólo apoyo para su vejez, sino recuerdos del calor perdido de la mora grande con dientes verdes, su madre, muerta cuando Solimán apenas alcanzaba el uso de razón. Marina, que descubría una vocación sacerdotal oculta a lo largo de sus andanzas, seguramente por la repugnancia íntima y heterodoxa, a sus ojos, de su desfloramiento, tras considerar la llamada del Señor, al que ya hacía directo responsable de los sudores súbitos y la incomodidad con que desaparecía la menstruación, y también con la ayuda de un examen objetivo ante el espejo, decidió unir sus ahorros a los que había hecho Solimán mediante la venta callejera de pachulfes con que enmascaraba un tráfico miserable de grifa; alejarle de culos, pubis y senos como almendras de impúberos, y consolar mutuamente sus hipocondrias en una suerte de vida conyugal en la que el sexo jugaba un papel flácido y desinteresado.

En esta cueva dejaba El Conspicúo sus recados:

—Marina, que voy a necesitar una cuadrilla.

—Solimán, a ver si me encuentras una vulpeja sin escrúpulos.

O un galafate, uno que me haga de corchete, un correo, un archiganzúa, un perista, un concusionario. Lo que precisara. En esta ocasión:

—Marina, soy El Conspicúo. Vocea por ahí que contrato una pareja: uno para reventar una María fina y otro que escale. Me paso por ahí el lunes, a ver qué hay.

—¿Dónde estabas metido, que faltas una eternidad?

—Por ahí, es que no salía nada. Oye, dile a la Zahara que esté; iré el lunes después de cenar.

—A ver si quiere.

—Tú dile que esté. Bueno, el lunes.

—Adiós.

* * *

Zahara se lo había dicho muy claro: Mira, Conzpi: zi creez que zoy de Cádiz, lárgate.

Porque tenía una historia de la que no se quería acordar. En realidad una chica vasca de la margen derecha del Nervión, Zahara Meretrix, de nombre bautismal también olvidado, se hacía pasar por egipcia de vida ajetreada. A ello le ayudaba, no obstante su acento vascongado y su pronunciación ceceante, su tez morena, los ojos verdes rasgados de mirada acuosá y acogedora, el cabello negro, de apariencia ligeramente grasienta como la seda en los reflejos, y lo jeroglífico de su historia. Por lo que en Neguri la consideraban una tercera generación de maquetos de Gernika afincada en Madrid durante otra generación antes del retorno al sur; se suponía.

—¡Déjame el D. N. I.! —le decía Luis

—¡No me da la gana, chiquiyo! —respondió Zahara a la terapia, e imitaba patética: «¿Tú creez que la Virgen tiene carnéz de identidad? Habemoz mujeres muy zingulares.

Y de la A a la Y, sin olvidar la zeta, relataba una historia enriquecida cada noche con nuevos detalles, retazos de vidas ajenas que se cobraba como parte de los servicios prestados, en contrapartida de

la plusvalía de humillación que nunca llegaba a pagar el macho, por muy generosamente que mostrara sus satisfacción. Trozos, modales, gestos, anécdotas y episodios que acomodaba al esqueleto imaginado en un principio y al que los cosía como venas, nervios, músculos, piel, cabello y ropas y capas y más capas que ondeaban a su espalda, autónomas, llenando de magia las cuatro esquinas de la endeble habitación que ocupaba en la trastienda de Marina y Solimán, quienes metidos aunque no del todo en su falacia matrimonial, habían apadrinado a Zahara, conformándose con este vínculo porque Zahara tenía los treinta muy cumplidos y ya no estaba en edad de ser adoptada, para lo que, en fin, habría tenido que enseñar su tarjeta de identificación, papel plástico cuyo escondrijo había olvidado, salvo para emergencias serias.

—Eztzy viéndome: mi madre, Zoraida, noz zirve el té de jazmín a mi padre Benalíben y a mí. Eztamoz en la tienda en el desierto, caminito del Cairo. Laz zedaz carmezéz noz protegen de la calor y por entre una rendija de loz plieguez de la entrada noz zonzríe la Gran Ezfinge, a pezar de eztar al zol. De repente, ze nubla la claridad que ze filtraba y la comizura de la Ezfinge ze torna en un ojo negro como el carbón, que anuncia el zilenziizo filo del alfange que ziega la cabeça de mi padre: loz bereberéz, puez...

García de Luis renunciaba la mayor parte de las veces a atender las variaciones y detalles de la saga. Oía, como musiquillas radiofónicas, el recuento de las cabronadas berberíes, su desfloramiento, la venta como esclava a un rico porquero persa que la cambiaría por un verraco de raza a un aguador kurdo, cacique de Sulaimaniyah quien, en una mala racha, la prostituyó en los palacios de Bagdad, hasta que, enamorada de un cadete, Zahara huyó por el norte de Africa con la intención de cruzar el estrecho de Gibraltar. En Orán murió su novio Alibenáli, de unas diarreas que no pudieron taponar las pipas, infusiones y supositorios de opio que, con despreocupación de la moral y la virtud, se le administraron al enfermo. El Conspicúo observaba el trayecto en el cuerpo incorporado de Zahara, en el bamboleo de los pechos con las exclamaciones, el temor del vientre al relatar los miedos, el latigazo en la espalda que la ponía rígida con el recuerdo de las decisiones; se distraía con especulaciones acerca de cómo aquella muchacha tierna habría pasado de la colección «Azucena» a la realidad.

—A ésta la violó un moro —suponía raramente Marina, en quien los años de cohabitación con su medio esposo no se habían impuesto al desprecio inducido por el miedo atávico hacia los musulmanes, inculcado en su infancia.

El Conspicúo fabulaba por su cuenta esa realidad de distintas maneras; todas tan insoportables que justificaban el cuento de hadas que Zahara se escribía, corregía y embellecía para sí misma. Y al que, sin embargo, nunca añadía un final feliz: el barco que partía rumbo al reino arábigo-andaluz nunca llegaba a puerto. Zahara comenzaba a dormirse a babor del barco, de espaldas a la brisa y al sol mediterráneos, las gaviotas chillando en la popa, reclamo de desperdicios, y el capitán de la embarcación deslumbrado por su belleza y ligeramente enamorado.

—Tú eres de Cádiz, mi amor —la estrechaba entonces García de Luis.

—¡A que te echo! —amenazaba sonriente Zahara, sin interrumpir la navegación.

—Zahara... —la besaba.

Y ella se dormía con ese dulce, sintiendo evaporarse la saliva de El Conspicúo sobre la sonrisa de paz, como agua imposible del único desierto que merecía la pena ser recordado con melancolía.

